

milady. ¡Mi rogar encarecidamente!.. ¡Oh! ¡El scelerate!

Los lacayos le rodeaban, pero su bolsa había desaparecido bajo las alas de la *girella*.

No encontrándola, quiso penetrar á viva fuerza. Los criados, viendo su traje rasgado y fangoso y su rostro descompuesto, no pudieron dudar de que se las habían con un comerciante de algodón.

—No se puede entrar en el palacio Doria sin una tarjeta de invitación.

Peter-Paulos forcejeó aún un instante, luego se estremeció de pies á cabeza y quedó tranquilo de repente.

—Estar bien—dijo,—mí sido contento de saber... el palacio Doria!... aquí traer carta de reccomandación... Mí hacer venir la polisa seguida.

Desprendióse de los criados y cruzó la plaza de Santo Espíritu á grandes pasos, gesticulando y hablando sólo.

Luego subió al primer carruaje de alquiler que le vino á la mano.

—¡A la casa de le director de la polisa real!—exclamó;—mí ser súdito inglés... y sospechar milady... Mí suplicar ir á prisa... querer hacer un exempel... fomalemente!

V

El improvisador Mariotto

Cuando el hombre de la pipa de espuma y el clown volvían de su expedición contra Peter-Paulos Brown de Cheapside, el hermoso pescador había desaparecido del lugar que ocupaba antes, al pie de la fuente de las Tres Vírgenes.

En su lugar veíase un improvisador rodeado de ávidos oyentes.

Pero en las callejuelas situadas tras la fuente de la calle principal, había un vaivén silencioso, y el gallardo marino no debía estar muy lejos, porque la vendedora de naranjas mostraba su picarillo rostro en la embocadura del vicoletto Del-fino ó del vico Sorrento.

Así se llamaban las dos callejuelas que iban á juntarse á unos trescientos pasos de Castello-Vecchio, una á derecha y otra á izquierda de la pequeña plaza de San Pietro Martire.

Esas gentes que iban y venían, como centinelas, parecíanse exactamente por el traje á los comedores y bebedores de la Avenida-di-Porto, y tan sólo prestaban una atención secundaria á las enfáticas narraciones del improvisador.

Esto establecía una diferencia inmensa entre estos últimos y el gentío, el cual escuchaba con la más religiosa atención.

Además de estos centinelas atareados, distinguíanse en medio de la muchedumbre algunos individuos de ojos penetrantes é inquietos que pretendían confundirse entre los grupos. Eran los mismos que hemos visto un instante alrededor del bueno de Peter-Paulos.

En París, nuestros agentes de policía se guardan bien de escribir con caracteres distintos en sus sombreros, como el pastor de Lafontaine: «Yo soy Guyot, pastor de este rebaño»; en Nápoles cuasi se diría que todo se hace para reír, todo tiene una fisonomía teatral. Los bandidos visten un traje que parece decir: «Venid á ver un bandido». Los agentes de policía son de comedia y su uniforme murmura: «Nosotros somos alguaciles; hacednos el favor de elegir el momento en que pasemos para confiar á la brisa de la tarde vuestros más importantes secretos!»

Esos individuos de ojos penetrantes y curiosos eran agentes de policía.

Se les conocía, pero no estorbaban á nadie. Los rateros les ofrecían con galantería por si querían tomar un polvo, su tabaquera robada, y nuestros misteriosos centinelas les guiñaban el ojo amigablemente al pasar frente á ellos.

Esa ciudad de Nápoles es una verdadera capital de la Arcadia; los lobos y las ovejas fraternizan en ella todo el día.

—¡En cuanto á ser Porporato—decía entre tanto el improvisador en puro dialecto napolitano, —no hay duda que lo es, mis queridos amigos! ¡Lo juro por mi salud eterna!... Pero he ahí al señor Onofrio que podrá deciros si miento... ¡Buenas noches, señor Onofrio!

El señor Onofrio era uno de los Guyots de la policía central; cabeza sencillamente sombría como la de un figurante de melodrama. Las palabras de Mariotto le lisonjearon grandemente, pero se colocó el cuello de su capa en la boca para disimularlo.

—Cuidado con tu lengua, Mariotto—le dijo con severidad,—si quieres estar bien con tu pellejo.

—¡Muchísimas gracias, señor Onofrio!—confesó el improvisador Mariotto, cuando el agente se perdió entre la multitud;—ya veis, mis queridos amigos, que no me ha dicho que mentía... Y ¿por qué había de mentir? ¡Dios sabe que sería la primera vez de mi vida!

—¡Bravo, Mariotto, bravo!—exclamaron de todas partes;—tú jamás has mentido, esto es cosa sabida.

Mariotto puso la cara enternecida.

—Me es muy satisfactorio, mis queridos amigos—les dijo,—este público testimonio de vuestra benevolencia. Soy pobre y no podría pagar la lisonja; luego vuestras palabras son sinceras... En

recompensa voy á deciros una cosa que no sabéis.

—Habla, Mariotto, habla.

Mariotto pareció recogerse dentro de sí mismo. Entretanto reinó el más profundo silencio.

—Mis únicos amigos—repuso,—no se vive del aire del cielo; tengo mujer, dos hijos y tres hijas... ¿Os parece justo y razonable reunirme un *carlín* por la noticia que voy á daros?

—Si la noticia es buena, no te faltará un *carlín*, Mariotto.

—Vale más pájaro en mano que buitre volando, mis distinguidos amigos—replicó el improvisador;—dadme, dadme el *carlín* por la noticia.

El *carlín* de Nápoles vale diez granos ó veinte dineros torneses, como un real y medio.

Conocióse á Mariotto: para saber la noticia era indispensable darle lo que pedía.

Moneda sobre moneda, se le reunió el *carlín*.

Entonces, Mariotto, después de dar las gracias á sus únicos amigos, les habló de esta suerte:

—Esta noche hay baile en el palacio Doria-Doria, no lo pongáis en duda.

—¡Eh!—exclamó la muchedumbre contrariada, —todos sabemos esto.

—¿Te has vuelto ladrón, Mariotto?—dijo una ocinera de *lasagne* amenazándole con el puño.

Y veinte voces irritadas añadieron:

—¡Devuélvenos el *carlín*, malvado Mariotto!

En estos momentos de tempestad era cuando Mariotto Cigoli mostraba todo su valor.

—¡Si me he vuelto ladrón, Taddea, bruja impenitente!—exclamó;—¿he dicho nunca la verdad cuando en tus macaroni hay más gusanos que harina?... ¡Si me he vuelto ladrón, cáfila de réprobos!... ¿He robado yo el reloj del inglés, Puzola, hijo del ahorcado? ¿He puesto nunca la almohada sobre la boca de mi mujer, Miterino, bas-

tardo de un bandido? ¿He aprendido contigo á ser ladrón, Farfalla, ratón de cárcel? Giovanni, tú que le robas la ropa á tu amo, Pietro, Gregorio, Andrea...

—Vamos, haya paz, Mariotto—dijeron los que no había aún nombrado;—todo fué una broma... guarda tu *carlín* y gánale.

—¡San Gennaio!—repuso el improvisador,—ya sabía que no pasaba de una broma, pero yo también he querido bromear un poco... Esto alegre, mis muy estimados amigos... ¿Quién no sabe que Taddea, mi comadre, es la mejor cocinera de *lasagne* de la Avenida-di-Porto? ¿Que Puzzola ha encontrado el reloj del inglés? ¿Y que Miterino quería hacer entrar en calor á su mujer? Aquí no ha habido más, pichoncitos míos, sino que os habéis precipitado demasiado á hablar. Mi noticia vale, no un *carlín*, sino diez, y aun un duro de doce... ¿Sabéis por qué hay baile esta noche? Y ¿cómo habéis de saberlo?... Vosotros no veis esas gentes, pobrecitos míos, sino en coche ó en la iglesia.

—Y tú lo ves de más cerca, ¿no es verdad, Mariotto?—interrumpió Farfalla que le guardaba algún rencor.

—Yo—respondió el improvisador con dignidad,—no adulo á los grandes, pero los trato... yo soy primo hermano de Marin Caffaro, segundo ayuda de cámara de Loredano Doria... Hay baile en el palacio porque va á casarse la *contessina*.

—¿Con Fulvio Coriolani?—preguntó el corrillo unánimemente.

—Por de pronto habéis dado en el clavo, queridos míos! Y ¿por qué no? ¡Tenéis tanto talento! Pero mi noticia no es todavía esta.

El círculo se estrechó.

—Mi noticia—continuó Mariotto,—no vale ya

sólo un duro, sino veinte... ¡El príncipe Coriolani ha sido asesinado esta noche!

A estas palabras esa masa compacta de oyentes retrocedió un paso y se dilató instintivamente el corrillo, como si acabase de recibir una descarga eléctrica.

Luego reinó un profundo silencio, el silencio del estupor.

—¡Es posible!

—¡Coriolani asesinado!

—¡Por San Javier! ¡Que el autor de este asesinato no puede ser sino Malatesta su rival!

—Y ¿dónde ha tenido lugar?

—¿A qué hora?

—¿Se sabe quiénes son los asesinos?

—¡Silencio!—dijo Mariotto, satisfecho y orgulloso del efecto producido;—¿conocéis á muchos que os hubiesen dado esta noticia por un *carlín*? Mis caros amigos, cuando os digo asesinado, no os aseguro que haya visto la víctima...

El gentío exhaló un gran suspiro de consuelo, porque el príncipe Coriolani era adorado en Nápoles.

—Pero—repuso el improvisador,—es como si lo hubiese visto; juzgad por vosotros mismos... En el palacio Doria había un gran festín: el príncipe estaba allí, como es regular, al lado de la *contessina*...

—¡Oh! ¡El hermoso ángel!—dijo Masaccio.

—¡Bella y dulce como la madre de Dios!—añadió un *facchino* con entusiasmo.

Y otros:

—¡Dejad hablar! ¡Dejad hablar!

—¡Qué placer ver á los dos!—continuó Mariotto;—el príncipe llevaba todas sus cruces y condecoraciones y brillaba como el sol... Angélica, la adorable niña, iba vestida de blanco y parecía-

se á esas fiernas flores de azahar que se abren por la noche para perfumar el viento...

Pero he aquí el reverso del cuadro, ¡querubines míos! En el palacio de Malatesta había también un festín, y Dios sabe que no era por ningunos esponsales!

Una docena de jóvenes endiablados fraguaban un complot contra ese tierno cordero de Coriolani, por haber herido al marqués de Malatesta en un desafío que éste había provocado, á causa del amor que la confessina profesaba al príncipe.

El festín tenía por pretexto celebrar la convalecencia de Malatesta, ya curado de su herida.

Estaban allí todos los grandes, estrellas que ya no brillaban desde que el astro de Fulvio las ha eclipsado al aparecer en nuestra ciudad; los Pitti de Florencia, los Ziani de Venecia, los d'Angli-Vespucio-Doria, los Colonna, los dos Doria-Panfili de Bolonia y otros.

¡Todos príncipes! A la Italia no le faltan príncipes, pichones míos, pero hay príncipes y príncipes! ¡Buscadme otro como Fulvio Coriolani!

¿Qué hacían en el palacio de Malatesta? Todos mueren de celos porque S. A. R. Francisco de Borbón (Dios le conserve cien años) favorece el casamiento, y porque el mismo rey Fernando (así pueda alcanzar la edad de Matusalén) debe firmar el contrato.

Pues bien, juraban la ruina de Coriolani.

He aquí lo que ha acontecido, ni más ni menos; voy á decir la verdad; ¡lo juro por mi salud eterna!... Debería estar muy mal conmigo mismo para perder mi parte de paraíso por una mentira.

Serían las cinco de la tarde cuando el festín del palacio Doria cuasi había terminado, habiendo empezado á las dos.

Allí estaba el príncipe real mirando y sonriendo á Angélica.

En esto llegó una carta. ¿De dónde venía? Que me trinchen como carne de cerdo si os lo puedo decir.

¡Baldón á los que inventan fábulas!

La carta era para el príncipe Coriolani. Al leerla se puso completamente pálido. Levantóse, y después de haber hablado al oído al príncipe real, saludó diciendo: *Luego vuelvo.*—

Mariotto hizo una pausa.

Cien voces entrecortadas exclamaron:

—¿Y no volvió?

—¡Esperad, mis mejores amigos! ¿Cómo queréis saber el fin de la historia, si no me la dejáis contar?

¿No es verdad que sabéis que esta mañana ha estado á bordo de un buque de Marsella?—

—Sí, sí, á bordo del *Pausilippe*—dijeron todos.

—Allí estábamos nosotros—añadieron algunos,— y por cierto que ha hecho subir á su carruaje á dos damas cubiertas con sus velos.

—He aquí una ventaja que tenéis sobre mí, tortolitas mías... Yo no estaba allí... no... nadie puede estar á la vez en dos sitios diferentes... pero si hubiese estado, á fe de cristiano que hubiera encontrado medio de saber quiénes eran las dos damas... En fin, no importa... las ha llevado no se sabe dónde, y esto acaba de complicar la aventura.

Entretanto pasó media hora en el palacio Doria, pasó una, pasaron dos: Coriolani no volvía.

Todos los que habían estado en casa de Malatesta, los Pitti, los Ziani, los Colonna, los Vespucio y los Panfili tienen entrada como es regular en el palacio Doria. A las siete comparecieron juntos, muy cargados de vino de Sicilia — de Francia: os lo juro por mi salvación eterna,

Entonces se habló de todo, relatóse lo de las dos damas cubiertas con sus velos, y la pobre Angélica se desmayó en brazos de su hermano.

Pero Dios del cielo sabe que se habló de muchas cosas. No faltan bellas alrededor del hermoso Fulvio. Y á decir verdad, no estando realizadas las nupcias, ¿por qué reprocharle ya sus amores?

Loredano Doria escuchaba y callaba. Es romano y sabe guardar silencio. ¿Sabéis, pichones míos, por qué todo el talento de Italia ha venido á guarecerse en Nápoles?

Esta pregunta valió á Mariotto un largo y unánime aplauso. Esto le lisonjeó, pero hubiera preferido otro *carlín*.

Luego repuso:

—Si vosotros estáis contentos de mí, mis únicos amigos, tanto mejor, yo hago lo que puedo... Lo que hay de verdad es que el príncipe real estaba muy irritado... Acercóse á Loredano y le habló en voz baja... Loredano respondió en alta voz: «Hay tiempo hasta el pie del altar...»

Entretanto habían salido algunos en busca de Coriolani. Estos eran de los buenos: el coronel San Severo, que mide seis pies de alto; el anciano banquero Massimo Dolci, el caballero Hércules Pisani y todos los amigos verdaderos de Borbón y Doria. Estos dijeron: «Muerto ó vivo, hemos de traer á Fulvio».

Unos se dirigieron á su palacio: ¡nadie!

Otros á la villa Palmerini, donde habita la Belloni, la *diva delle dive*: ¡nada!

Otros al palacio Pallavicini, de la marquesa Aurora (y el príncipe Francisco no sabía esto)... ¡nada de Coriolani!

Otros, en fin, aquí y allá, á casa de la condesa, de la baronesa, de la princesa, de la intendenta... ¡nada!

¡Nada! Nápoles es una gran ciudad, pero Coriolani es tan grande como Nápoles, y es difícil ocultar uno en otra.

De súbito corrió la voz en el palacio Doria, amigos míos, de que se había hallado un charco de sangre en el puente de la Madalena, y al momento se dijo:

«El príncipe Fulvio Coriolani ha sido asesinado».

Los Malatesta respondieron riendo... ¿acertad qué?

Respondieron:

Asesinado, no; asesino, sí...

Levantóse un gran rumor en el corrillo y Mariotto se restregó las manos. Este rumor presagiaba nuevos *carlins*.

—Pudiera todavía deciros—continuó Mariotto,—á quién pertenecía esa sangre que se ha encontrado en el puente de la Madalena...

—Dilo pronto, Mariotto.

—Hay dos historias—dijo éste con acento firme,—que cada una debe valerme un *tari* (dos *carlins*).

¿Habéis leído las descripciones de tempestades en las tragedias clásicas? Crebillon el mayor ofrece bellos modelos de este género. El mar abre sus abismos sin fondo y eleva sus olas hasta el cielo... etc.

Pues bien, las tempestades de las tragedias son borrascas insignificantes al lado de la tormenta suscitada por las últimas palabras de Mariotto Cigoli.

El corrillo pateó, gritó, juró; todos los puños amenazaron á ese pícaro de Mariotto, ese ladrón, ese rufián, ese falsario: pero después de haber arrojado fuego por aquellas bocas, cada cual metió mano en el bolsillo y fué reunido el *tari*.

Entonces Mariotto continuó:

—Toda la tarde, amigos míos, había permanecido un sloop inglés en el muelle. El bote de este sloop, del cual nadie sabe el nombre, estaba amarrado en el malecón de la Marinella, no lejos del puente, y había dentro cuatro ingleses rechonchos y embozados...

Lo que hacían allí, acaso vosotros podréis decirme. porque yo no lo sé.

El sloop hizo señales dos veces consecutivas, sonando una bocina que se oía de uno á otro extremo de la avenida regia de Portici...

Mirad si el señor Onofrio está por aquí.

El corrillo inspeccionóse á sí mismo, y del examen resultó que el señor Onofrio y sus colegas no estaban allí.

Mariotto continuó:

—Hacia la caída de la tarde un hombre se presentó solo en el puente de la Madalena. Al cabo de un rato se le juntaron seis gendarmes. El hombre les señaló el bote, como si hubiese querido denunciar á los ingleses.

Al cabo le dió una bolsa... y descendieron juntos bajo el puente.

Las personas que pasaban por allí, cuando era ya de noche oyeron un grito.

Acudieron bajo el puente, pero ya no había ni desconocido ni gendarmes, sino un charco de sangre y un puñal en cuya hoja se leían estas tres palabras latinas: *Agere, non loqui...*

El bote se alejó á fuerza de remos.

Pero he ahí la verdad, pichones míos; he ahí el verdadero secreto... y Dios sabe lo que sucedería si alguien fuese á contarle al palacio de los Doria-Dora. Acercaos y escuchad.

No había necesidad de tantas precauciones oratorias: el corrillo devoraba con anticipación sus palabras.

—El príncipe—prosiguió,—había abandonado el palacio hacia las seis de la tarde... A las siete, yo que os hablo, le he visto por mis propios ojos... no en su traje de Alteza, sino disfrazado de...

—¿Disfrazado de qué?—preguntaron de todas partes, porque Mariotto se había detenido bruscamente.

Pero éste parecía lleno de estupor; sus ojos estaban fijos en la callejuela del Delfino.

El corrillo impaciente repetía:

—¿Disfrazado de qué? ¿disfrazado de qué?

Vióse, aunque solamente de perfil, á ese pescador de talle esbelto que hace poco ocupaba el mismo lugar que ahora Mariotto, entre el marino de la pipa de espuma y ese extraño personaje acostado como un perro.

Muchos preguntaron:

—¿Quién es aquél?

Algunos cambiaron miradas de inteligencia.

Uno solo prorrumpió este nombre que ya hemos oído otra vez: Baldemonio.

Pero la vista del mismo diablo no es capaz de detener la curiosidad napolitana.

Las preguntas dirigidas á Mariotto el improvisador, empezaban ya y se cruzaban, cuando un grito extraño dominó el barullo de estas voces.

Inmediatamente vióse saltar, sobre las cabezas de la muchedumbre, un cuerpo flexible pero de un volumen considerable que se puso á ejecutar movimientos fantásticos en el interior del círculo.

Este cuerpo voluminoso de figura humana había caído de manos. y caminaba con los pies al aire y con la cabeza horriblemente pegada al espinazo.

El corrillo compuesto en su mayor parte de

los grandes babiecas de Nápoles se echó á reír y dijo:

—Bravo, saltarello.

El saltarello que no era otro que nuestro clown de la fuente lanzó el grito que acostumbran los de su oficio, y saludó respetuosamente con los dos pies: luego saltando á la concha y de la concha al nicho de una de las vírgenes, enredó sus pies, sin saberse cómo, en los dibujos de piedra que adornaban el traje de la madonna, y se dejó caer boca abajo sostenido sólo por las puntas de los dedos.

El corrillo dejó escapar un grito de admiración y espanto.

En esta posición la cabeza del saltarello estaba pegada al oído de Mariotto. Este oyó que el otro le decía:

—Una palabra más y tu mujer queda viuda.

Luego se dejó caer sobre sus manos en la concha, rebotó como una pelota elástica, hizo el salto indiano, el salto chino, el salto mortal sobre el mismo lugar, y fijando la vista en la elevada cabeza de Gaspardo el pescador, la alcanzó de un brinco sublime apoyado en sus dos manos, como los niños cuando juegan al salto del caballo, y salvó de nuevo la barrera humana por una suerte de voltereta ejecutada á las mil maravillas.

Gaspardo el pescador debía decir: *cospectto*, ó *corpo di Baco*, á su elección.

El saltarello había desaparecido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

Proezas de Porporato

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
"ALFONSO REYES"

Después de haber repetido muchas veces gritando:

«—¡Bravo, saltarello!»—el corrillo se volvió hacia su improvisador.

Era acreedor y quería su historia por su dinero. Nada más justo.

Pero Mariotto estaba silencioso y pálido, y parecía no tener humor para continuar su narración. Su mirada inquieta corría el círculo que le rodeaba, y atravesando el espacio, sondeaba las profundidades más y más sombrías de la Avenida-di-Porto.

En efecto los fuegos iban extinguiéndose, las luces también. La hora de la comida al aire libre había ya pasado y los hornillos volantes se enfriaban gradualmente. El concierto de los gritos mercantiles había perdido todo su arranque, su fogosidad. Ya no se vendían más que frutas y golosinas.

Pero lo que más preocupaba á Mariotto el improvisador no era la transformación súbita que había sufrido la Avenida-di-Porto, porque ésta era cosa de todos los días, sino esos grupos sospechosos de que estaba llena la calle, en los cuales parecía ver cosas que escapaban á los ojos de sus oyentes y que él mismo no había notado hasta entonces.

—Todos están allí—murmuró hablando consigo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"